

Molière es Poquelin, como Voltaire es Arouet; Molière es producto del pilar del Mercado, es discípulo de Gassendi, es *ensayador* de una traducción de Lucrecio, es escéptico, es el perpetuo crítico de su propio entusiasmo; es Alcestes, pero es Filinto; Molière es el gran razonador que felizmente no ha llevado, como Voltaire, el razonamiento hasta el punto en que desvanece á la comedia; Molière es hombre de genio, ayuda de cámara tapicero... Poco importa, ese desilusionado, ese filósofo que arregla la cama del rey, es por momentos quimérico. «La luna, como dice Otelo, acaba de pasar demasiado cerca de la tierra.» Está resuelto, Molière se halla atacado, como un simple Shakespeare. Bruscamente, de pronto, Molière está ebrio. Está ebrio de la gran embriaguez sombría que conduce la tragedia al matadero y la comedia al banquillo. Matadero sublime, banquillo espléndido. Molière, súbitamente enloquecido, vacila del exceso que se desborda de la copa divina, y, como Horacio, dice: ¡Eh! *Dicit Horatius: ¡Eh!* Aquel sabio, aquel hombre cuerdo se vuelve loco; y he ahí lo fantástico que llega, y lo grotesco, y lo bufo, y la parodia, y la caricatura, y lo excéntrico, y lo excesivo; Boileau, helado de horror, «no reconoce ya á Molière»; los intermedios hacen irrupción, la farsa hace estallar la comedia; la boca del mascarón de Talía se abre hasta las orejas y vomita los sátiros bailadores, los salvajes que bailan, los cíclopes bailando, las furias, los procuradores y los importunos bailando, los españoles cantando, los turcos apaleando, los diablillos dando saltos peligrosos, el muftí y el derviche, los matamoros hablando *patuá*, y el oso y Morón en el árbol, y Escapín con su saco, y Júpiter en su nube, y Mercurio en Socías, y Sbrigani, Pourceaugnac, Diafolrus y Desfonandres; el burgués hidalgo y el enfermo de imaginación contestando á los saludos irónicos, Argán se

adorna la cabeza con un orinal ideal, el latín *sorbo-nesco* se oye continuamente, las tiaras de velas se encienden, las jeringas danzan, la apoteosis de los boticarios resplandece; y toda esa locura, ¡oh Molière!, aumenta tu sabiduría y tu cordura.

Y lo que ocurre con Molière, ocurre con todos.

El poeta es hijo de la Musa, y también su niño. Pero esa niñez se parece á la del Nazareno en el templo. Enseña. Los doctores la escuchan; tiene el dedo levantado.

Una significación seria y fuerte se desprende de esas lupercales del arte. Es el vicio abultado, es el ridículo embadurnado en sí mismo, son las haces en la frente del borracho. La fealdad se vuelve grotesca. La mueca subraya el rostro. La fisonomía está pintada de negro. El que sólo era tímido se vuelve cobarde, el pedante se vuelve idiota, el tonto se vuelve ignorante, el envilecido se convierte en abyecto. Toda una filosofía sale de lo bufo. Es el defecto del exceso. Parece que la farsa desliga, desata á Molière. Sus gritos más valerosos, más atrevidos, los echa allí; sus consejos más profundos, allí es, quizá, donde los da. Y todo eso no impide que el duque de Saint-Aignan se indigne ante el *Burgués hidalgo*, y aproveche el silencio del rey para gritar: «Molière decae. Molière choschea. *Balachón, Balaba*, ¿qué significa eso? ¡Molière delira!»

Digámoslo de paso, el duque de Saint-Aignan, tan difícil de contentar en materia de buen sentido, fué el mismo que, en 1664, en las fiestas de Versalles, mariscal de campo, armado á la griega, cubierta la cabeza con un casco adornado de plumas encarnadas con dragón, vestido de una coraza de tela de plata con escamas de oro, y medias de seda iguales, representaba á Guidón el salvaje.

Sí, lejos de ser un defecto, como creen los críticos

superficiales, esa cantidad de ensueño inherente al poeta es un don supremo. Es preciso que haya en el poeta un filósofo, y otra cosa. Quien no tiene esa cantidad celestial de ensueños, es filósofo nada más.

Ese *quid divinum*, Voltaire le tuvo en sus Cuentos. Únicamente en ellos es poeta. Observación notable; en sus Cuentos, Voltaire sueña, y entonces es cuando más piensa. Sale de la realidad y entra en la verdad. Ese trago de quimeras, bebido por su razón, la transfigura, y esa razón se vuelve adivinación. Voltaire en sus Cuentos casi entrevé, y entrevé con amor, la conclusión, digamos más, la catástrofe final del siglo XVIII; catástrofe que le espantaba como historiador. Inventa, imagina, se deja llevar por las conjeturas, pierde el fondo que desaparece bajo sus pies; vuela. Ya está en pleno espacio de suposiciones y de hipótesis. El pensamiento estrellado hasta entonces había permanecido cerrado. Es la apertura de la diosa. *Patuit dea*.

En todas las demás obras de ese gran Arouet, la inquietud del amo le tira continuamente de la manga, la necesidad de agradar á las potencias establece una contracorriente á la buena voluntad; ¿está contento Trajano? Estos humildes saludos se presentan de continuo. El cortesano estorba al pensador. El criado *desaconseja* al titán. En Versalles, es gentilhomme ordinario; en Potsdam, usa la llave en la cadera. De ahí muchas vulgaridades en presencia del hecho. La esfera imaginaria devuelve la libertad á aquel espíritu. Cándido es sincero; Micromegas no hace cumplidos. Cuando de un salto se llega á Sirio, está uno libre. Voltaire en historia es casi un filósofo; en el cuento, casi es un apóstol.

Poetas, he aquí la ley misteriosa: Ir más allá. Dejad que los tontos la traduzcan por *extravagare*. Id más allá, decid extravagancias; en buen hora, como Ho-

mero, como Ezequiel, como Píndaro, como Salomón, como Archiloque, como Horacio, como san Pablo, como san Juan, como san Jerónimo, como Tertuliano, como Petrarca, como Alighieri, como Cervantes, como Rabelais, como Shakespeare, como Milton, como Mathurin Regnier, como Agrippa d' Aubigné, como Molière, como Voltaire. Decid extravagancias con esos doctos, con esos justos, con esos sabios. *Quos vult AUGERE Juppiter dementat*.

Lo que los pedantes llaman capricho, los imbéciles locura, los ignorantes alucinación, lo que antes se llamaba furor sagrado, lo que se llama hoy, según es una ú otra vertiente del ensueño, melancolía ó fantasía, ese estado singular del ánimo que, persistente en todos los poetas, ha mantenido, como realidades, abstracciones simbólicas, la lira, la musa, el trípode, sin cesar invocados ó evocados, esa abertura extraña de alientos desconocidos, es necesaria para la vida profunda del arte. El arte respira con gusto aire irrespirable. Suprimir eso, es cerrar toda comunicación con lo infinito. El pensamiento del poeta debe estar á un mismo nivel con el horizonte extrahumano.

Sileno, según dice Epicuro, era un sabio tan pensativo que parecía estar siempre distraído. Llegaba á *embrutecerse en lo infinito*. Meditaba tan allá, en las cosas, que iba fuera de la vida y se le hubiera creído ebrio. Esa embriaguez era el ensueño terrible.

El poeta completo se compone de estas tres visiones: Humanidad, Naturaleza, Supernaturalismo. Para la Humanidad y la Naturaleza, la Visión es observación; para el Supernaturalismo, la Visión es intuición.

Sin embargo, es necesaria una precaución: llenarse de ciencia humana. Sed hombre ante todo y sobre todo. No temáis ir sobrecargado de humanidad. Poned á vuestra razón lastre de realidad, y echaos al mar después.

La mar es la inspiración.

En propiedad, todo el alto poder intelectual procede de ese aliento, lo desconocido. Aliento que es una voluntad. *Flat ubi vult.*

Esos son los grandes efluvios. Los distintos órdenes de hechos que refieren á la inspiración desbordan por todas partes las regiones del ensueño y las creaciones de la poesía imaginaria. Ese majestuoso fenómeno psíquico, la inspiración, rige el arte entero, la tragedia lo mismo que la comedia, la canción lo mismo que la oda, el salmo y la sátira, la epopeya lo mismo que el drama. Pero, en este momento, sólo miramos un detalle de ese vasto conjunto.

Por consiguiente, soñad, poetas; soñad, artistas; soñad, filósofos; pensadores, soñad también. Ensueño, es fecundación. La inherencia del ensueño al hombre explica todo un aspecto de la historia y crea todo un aspecto del arte. Platón sueña en la Atlántida, Dante en el Paraíso, Milton en el Edén, Tomás Moro en la Ciudad de Utopia, Campanella en la Ciudad del Sol, Hall en el *Mundus Alter*, Cervantes en la insula Barataria, Fenelón en Salento.

Pero no olvidéis lo siguiente: es preciso que el soñador pueda más y sea más fuerte que el ensueño. En el caso contrario hay peligro. Todo sueño es una lucha. Lo posible no se aproxima á la verdad sin cierta misteriosa cólera. Un cerebro puede verse roído por una quimera.

¿Quién no ha presenciado entre las altas hierbas primaverales un drama horrible? El escarabajo de mayo, pobre larva informe, ha volado, revoloteado, zumbado; ha tenido sus encuentros, tropezado contra las paredes, los árboles y los hombres, ha pacido en todas las ramas donde halló hojas verdes, ha chocado contra todos los vidrios donde vió luz, no ha sido la vida, ha sido un ensayo que procuraba vivir. Una

tarde cae, tiene ocho días, es centenario. Se arrastraba por el aire, se arrastra por el suelo; anda penosamente entre los tallos de hierba y los musgos, los guijarros le impiden el paso, un grano de arena le atasca, la menor cáscara de grano es un obstáculo para él. De pronto, al dar vuelta á unas hierbecillas, un monstruo se lanza sobre él. Es una bestia que estaba allí emboscada, un necróforo, la jardinera, espléndido y ágil, verde, purpurino y dorado, una piedra preciosa que corre y que tiene uñas. Es un insecto guerrero con casco y coraza, espuelas y caperuza; el caballero bandido de la hierba. Nada tan formidable como verle salir de la sombra, brusco, inesperado, extraordinario. Se precipita sobre el transeunte. Aquel anciano no tiene ya fuerza, sus alas están muertas, no puede escapar. Entonces es cosa terrible. El necróforo feroz le abre el vientre, hace que su cabeza penetre en él, casi desaparece en aquel cuerpo y lo devora vivo allí mismo. La presa se agita, se defiende, se esfuerza con desesperación, se agarra á las hierbas, tira, trata de huir, y arrastra al monstruo que se lo está comiendo.

Tal es el hombre de quien se ha apoderado una demencia. Hay soñadores que son como ese pobre insecto que no ha sabido volar y que no puede caminar; el ensueño, deslumbrador y espantoso, se arroja sobre ellos, los vacía, los devora y los destruye.

El ensueño es algo que vacía. Abandonar la superficie, ya sea para subir, ya para bajar, es siempre correr una aventura. El descenso sobre todo es siempre un acto grave. Píndaro se cierce, Lucrecio se hunde en las profundidades. Lucrecio es el que más se expone. La asfixia es más temible que la caída. De ahí mayor inquietud entre los líricos que ahondan el yo, que entre los líricos que sondan el cielo. El yo es

la espiral vertiginosa, y penetrar demasiado asusta al soñador.

Además, todas las regiones del ensueño exigen precauciones para acercarse á ellas. Esas conquistas que quieren realizarse sobre las sombras no carecen de peligro. El ensueño tiene sus muertos, sus locos. Encuéntrase aquí y allí en esas obscuridades cadáveres de inteligencias, el Taso, Pascal, Swedenborg. Esos rebuscadores, escudriñadores del alma humana, son mineros muy expuestos. Más de un siniestro ocurre en aquellas profundidades. Hay también explosiones de gases acumulados.

II

A ese promontorio del ensueño, del cual enseñamos las sombras proyectadas sobre el espíritu humano, el antiguo Olimpo casi lo había hecho visible. En el Olimpo aparece la cima del ensueño. La quimera propia al pensamiento del hombre no fué nunca plástica hasta ese punto. El ensueño mitológico es casi palpable por la determinación de la forma.

La huella dejada por el Olimpo en el cerebro humano es tal, que aun hoy, después de dos mil años de usurpación cristiana sobre las imaginaciones, tenemos, gracias á la útil educación clásica griega y latina, que hacer poco esfuerzo para percibir distintamente en el fondo del cielo la eterna montaña en cuya cima está la fiesta del poder. Allí sonríen en pleno azul las doce pasiones del hombre, como diosas.

Un exceso de frecuentación de la mitología ha hecho vulgar la superficie; mas, por poco que se ahonde, el gran sentido enigmático se revela. La muchedumbre se divierte tanto con la fábula, que no queda lugar en su atención para el mito; pero ese mito múltiple

no deja por eso de ser una poderosa creación de la sagacidad humana, y cualquiera que haya meditado acerca de la unidad íntima de las religiones, tomará siempre muy en serio ese simbolismo pagano, al cual han trabajado, según la cuenta de Hermodoro en sus *Disciplinas*, todos los magos de Asia durante cinco mil años, y después todos los pensadores griegos desde Eumolpo, padre de Museo, hasta Posidonio, maestro de Cicerón.

Las ficciones sirven para cubrir los hechos. La alegoría dice extravagancias, atentamente escuchada por lo lógica. La mitología, insensata y delirante en apariencia, es un recipiente de realidad. Historia, geografía, geometría, matemática, náutica, astronomía, física, moral, todo se halla en aquel gran receptáculo, y toda esa ciencia está visible á través del agua turbia de las fábulas. Nada hay tan admirable, diré casi que nada es tan patético como ver salir de aquel manantial donde hierven los ensueños, esas dos corrientes de razón humana, la filosofía jónica y la filosofía itálica; Tales yendo á parar en Teofrasto, Pitágoras concluyendo en Epicuro.

El cristianismo es más humano en un sentido y menos en otro que el paganismo. El mérito del cristianismo consiste en ser humano por el lado hermoso. El paganismo no escoge; se apropia estrechamente á la humanidad, á la humanidad toda y tal cual es. Ese es el lado bueno y el defecto del simbolismo pagano. Rascad el dios y hallaréis al hombre.

Sea como fuere, quien estudia seriamente la mitología politeísta en los poetas y en los filósofos, experimenta la sensación de un descubrimiento; esa cosa tenida por vulgar recobra vida y frescura; el profundizarla la renueva. El sentido religioso es en todo sorprendente, el detalle legendario es á menudo imprevisto.

Hemos perdido la familiaridad de todos aquellos dioses. Pero por el pensamiento puede uno hacerse cargo de lo que era la superstición de la teogonía pagana con relación á la civilización antigua. Una claridad extraña descendía del Olimpo sobre el hombre, sobre la bestia, sobre el árbol, sobre la cosa, sobre la vida, sobre el destino. Esa apoteosis estaba encima de todas las cabezas. Era encantadora y producía inquietud, lanzando á veces un trágico rayo de luz.

Sed pagano y tratad de vivir tranquilo; imposible. La ubicuidad divina os aguijonea. Agobia al panteísta por la inmanencia; persigue al politeísta por la aparición y la desaparición. Se cubre con una careta, se la quita, vuelve á ponérsela; es una perpetua persecución que realizar, y nada hay tan perturbador como ese ir y venir imperturbable de lo sobrenatural en la naturaleza. Para el pagano, Dios es hormigueo. Toda su religión es Proteo.

El pagano vive en continuo sobresalto. ¿Qué es esto? es un prado; no, es una napea. ¿Qué es esto? es una colina; no, es una oréade (1). ¿Qué es esto? es una piedra; no, es un dios Lapis que puede transformarse en tortuga ó en sapo. ¿Qué es esto? es un árbol; no, es Priapo. ¿Qué es esto? es agua; no, es una mujer. Tened cuidado con el agua. Es pérfida como Venus. El Océano tiene la nereida y el estanque la limniada. Si navegáis, Poseidón os atisba; no os fiéis del *Rompenavios*. Egeón está entre la espuma. Procurad no encontrar las siete islas Vulcanas; no saldríais de sus estrechos. No os quedaría más remedio que cortaros la mano derecha si se trata de Mulciber y la mano izquierda si es Tárdipes, que son el mismo dios Vulcano. Ese cojo os quiere mancos.

(1) Divinidad de las montañas.—(N. del T.)

Procurad no tropezar tampoco con las islas Equíadas; allí es donde Neptuno Ipeo oculta á las muchachas que ha robado, y le agradan los curiosos. Adivinaréis la buena ruta, y, caminando, el sentido de los presagios que se encuentran, si por casualidad tenéis á bordo á un marinero talmasiano, porque en Talmasia todo el mundo nace adivino.

Si se presenta un puerto, no entréis en él, es preferible la tempestad; le guarda el dios Palemón que lleva una llave en la mano derecha. Cuidado; creo que ese paquete de algas que sigue la corriente es un Glauco; los Glaucos son tres, y muy malos. Haced un sacrificio en honor de Elpis, la diosa Esperanza, y á las Musas coronadas con las asquerosas alas arrancadas á las sirenas; temed las erínides, hermanas mayores de las euménides; y por la tarde no os durmáis en vuestra hamaca hecha con una vela, sin haber adorado las siete estrellas, corona de Cloto, la parca que hila, menos mala que Láqueris que rueda ó tuerce, y que Atropos, que corta. Temblad si véis al través de las brumas del mar el fuego de Linceo en la torre de Lircos y el fuego de Hipermnestra en la torre de Larisa. Los faros son espectros. No toquéis á ese odre; quizás guarda dentro algún gigante. Un odre roto da paso á un huracán. Sobre todo no confundáis á Tetis con Thetis, os perderíais. No riñáis con la aurora, madre de los Vientos. Procurad estar en buenas relaciones con Busiris, dios de los piratas y rey de España. También es útil, á veces, invocar á Eudemonia, diosa de Lúculo. Si Demorgón, el anciano del centro de la tierra, se ve atacado de un acceso de tos, bastará eso para que se agiten las olas y podréis naufragar perfectamente.

Quemad limaduras de uñas y recortes de las mismas en honor de las dos hermanas hurañas Pefredo y Enyo que vinieron al mundo con el pelo blanco. Una

es la ola y la otra el oleaje. No hablo de los sirtos, de los acroceraunos, de los escollos y arrecifes, ni de los perros que ladran debajo de las ondas. Tantas olas y tantas bocas. Cantad un himno á *Bonus Eventus*, marido del Agua, y á *Rubigo*, marido de Flora. *Bonus Eventus* logrará quizá del Agua que os suelte, y *Rubigo* logrará de Flora que os reciba. Flora es la tierra. Si la tierra está de buen humor, si la Noche no le ha aplastado su antorcha en la cabeza con demasiada dureza, si le hacéis una libación con una jarra llena de buenos vinos del monte *Tmolus*, si sois bastante rico para tener en vuestro barco una estatua de Júpiter y una estatua de Esculapio, ambas de oro y de marfil, y la de Esculapio mitad más pequeña que la de Júpiter, si sois devoto de las Gorgonas y estáis dispuesto á besar su brazo de carne para evitar su mano de acero, si toda vuestra vida habéis saludado tímidamente, al paso, los altares dedicados á los dioses de arriba y los fosos dedicados á los dioses de abajo; si, finalmente, no habéis insultado nunca á las junos de las mujeres, tendréis probabilidades de llegar á desembarcar. Estáis en tierra.

Bueno. Ahora una pregunta: ¿Habéis, al desembarcar en la playa, pensado en los seis pares de los dioses Consentes? ¿No? Pues os compadezco. El polizonte Ascalafo os habrá denunciado probablemente. Ceres estará furiosa. Amotinará en contra vuestra á los Atlantes. Preparaos á alguna desgracia. Vais á oír zumbas en vuestros oídos á Mellona, la diosa abeja. Ya está. Os ha picado. Divieso. Menedemo murió de eso. Bubona, la diosa de los bueyes, os dará alguna cornada. El dios Domiducas se negará á conducirnos hasta vuestra casa; el dios Jugatino os pondrá cuernos. Salid del paso como podáis, saludad en alta voz á Ops, Idea, Berecintia, Dindimeno, Vesta Prisca y Vesta Telo, ofreced mejorana y un velo de púrpura amarilla á

Himeneo, tocad el tambor en honor de los diez Dáctilos; así podréis estar algo más tranquilos. Sin embargo, no os sentéis sobre esas hierbas, porque os convertirían en pez. Tenéis una cautiva en vuestra compañía, entonces absteneos de este templo, es el templo de Leucotoé; está cerrado á las mujeres esclavas; absteneos también de este otro y pasad pronto, es un templo *Opertum*, los hombres no tienen entrada en él. Separaos de ese matorral, es sagrado, hay en él Ménades, os podría morder su lince. Temed esas hojas en las cuales se ve como claridad, es el corimbo de Dionea. Vuestro caballo se encabrita y os arroja al suelo, ya lo creo, y es cosa sencilla, habéis olvidado que Neptuno se llama Hipio, y no arrojasteis ningún puñado de pelos al mar. Que os aproveche la lección. Apretad el pecho de la primera nodriza que encontréis y haced que caiga una gota de leche en honor de cada ciudad donde haya nacido un dios. Pues los dioses son de un país. Priapo es de Lámpsaca, Sarón es de Corinto, Proteo es de Tentiris de Egipto; por poco que hayáis leído á Píndaro debéis saber que Sileno es de Malea, y por poco que hayáis leído á Herodoto, no ignoraréis que Neptuno es de Libia. A propósito, ¿antes de marchar para este viaje, habéis confiado vuestro patrimonio al Júpiter Horio de la Hélade y al Júpiter Terminalis del Lacio? Es que podríais no volver á encontrar vuestro campo. Mercurio robó tan bien al rey Othreus la montaña Frigos, que jamás se la ha vuelto á encontrar. Había cuatro Antíciros; sólo quedan tres; Mercurio se llevó una. Y la consecuencia de eso es que de cada cuatro locuras, únicamente es posible curar una. Mercurio fué quien escamoteó el camino real que conducía á Testudopolis, de tal modo que no es posible hallar esta ciudad. Caminad con prudencia. ¿Qué habéis encontrado ahí? Un campesino que pone estiércol y prepara su tierra,